

⇒ EN LAS PROFUNDIDADES ⇒

Juliana Antonia del Río Burgos



12 años
Arauco

Segundo lugar regional

Ilustración: Pati Aguilera

Lanallwe, 1627

—¡Otra vez! ¡Otra vez! —gritaban los hombres y mujeres que se hallaban junto a los niños.

Ahora la amarraron de otra manera: la muñeca izquierda al pie derecho y la muñeca derecha al pie izquierdo, y la volvieron a sumergir al agua.

Ella sólo deseaba regresar a aquellos días en los que paseaba por las orillas del lago junto a su tía, pero eso no se podía. Su tía estaba muerta desde hacía unos meses. La había dejado sola. Ahora quedaba ella y moriría ahogada en el lago Lanallwe.

La acusaron de brujería, junto a su madre y su tía. Su madre murió también ahogada en las profundidades del lago mientras nadaba, algo la habría tentado a sumergirse, tal vez el amor que sentía hacia sus aguas. Años más tarde, su tía se encontraba agonizando de cáncer, pero a ella no le era posible curarla. Había realizado varias curaciones antes, por las cuales la acusaron de bruja.

Ella caminaba cada mañana hasta el otro lado del lago para buscar las plantas que le facilitaban curar. Esa era su pasión: hacer de la naturaleza su salvación, utilizar lo que esta le entregaba.

Una mañana la descubrieron y la noticia recorrió el pueblo de los alrededores del lago Lanallwe.

La encontraron, dirigiéndose a su destino, a cabeza gacha entremedio de la lluvia, esta vez no iba por las orillas, iba caminando con el agua hasta sus rodillas y un largo vestido a punto de ser empapado. Ella amaba esa sensación. Cuando se conectaba a la naturaleza se olvidaba por completo de la culpa que amenazaba su bienestar.

Ella conocía el lugar, sabía que aun se hallaba oculto de la civilización. Disfrutaba observar las altas montañas inhabitadas y a la lejanía el lago, su lago.

Todas esas memorias abundaban dentro de su mente, de su dolor.

La sacaron del agua, y su respiración seguía activa, pero aun lenta.

—No ha funcionado ¡Al agua!

—¡No sé si funcionará! ¡Es una bruja! —terminó de decir un hombre, antes de que ella hablara.

—¡Por favor, por favor! —sollozaba ella—. ¡No soy una bruja, lo juro, tengan clemencia!

Quería salvar su vida, sin embargo, por la posición en la que la habían amarrado le era imposible moverse un centímetro.

La lanzaron por tercera vez al agua. Sus pies estaban a unos metros de tocar el fondo. Y se encontraba en la parte más profunda del lago.

Tenía los labios amoratados, hacía minutos que había perdido el conocimiento.

Esta era la segunda persona a la cual no había podido curar... su tía había muerto sin que ella pudiera hacer nada. Y tampoco había podido evitar que las aguas la dejaran sin respiración.

Para cuando la sacaron, su respiración se había extinguido por completo.

Así terminaba de contar la historia el anciano a sus cinco nietos, quienes lo visitaban durante aquel caluroso verano. Sin darse cuenta, había caído la noche, mientras que los niños habían estado escuchando la interesante historia de su abuelo. La fogata se había apagado lentamente con el escaso rocío que ya comenzaba a caer. Los cinco pequeños niños se fueron a dormir, imaginándose otras muchas historias que seguramente habían sucedido en el lago que los acompañaba con el vaivén de las aguas.

Luego de su muerte, la gente que la había visto morir creyó que era una bruja débil y por eso había muerto, dejando así embrujado el lago, y cada muerte que ocurría dentro de las aguas del lago fueron asociadas a su poder.